

## Un posible punto de partida para el análisis de una cuestión clave de la Historia Española Contemporánea: El anticlericalismo

JOSÉ M. CUENCA TORIBIO  
*Universidad de Córdoba*

Como supervivencia del pasado en un tiempo como el actual tan poco atraído por la historia, el anticlericalismo demuestra en la España de 1989 los fueros de un ayer que muchos creerían o desearían desaparecido para siempre. Inseparable de nuestro cristianismo desde los días altomedievales, el anticlericalismo ha venido a ser, desde que en el siglo XIX se situara extramuros del sentimiento religioso, una de las fuerzas condicionantes de la dinámica de la España contemporánea. En un prodigioso libro recientemente traducido al castellano, Plá se escandalizaba —cosa rara en él— de que la política de un país pudiera girar en exclusiva sobre la cuestión anticlerical, como sucediera en España durante los primeros años de la II República. Esta, sin embargo, no innovaba nada, y muchos otros períodos del más próximo pasado hispano estuvieron sellados por la misma marca. El anticlericalismo contemporáneo español penetra por las capas de la política, aclarando algunos de sus motores; irrumpe en la trayectoria de escuelas y centros de enseñanza, dándonos a conocer datos importantes sobre las ideas medulares de la reforma pedagógica; discurre por los campos de la milicia y de la prensa, hablándonos de cómo la crispación de la convivencia nacional encontró en él un instrumento fundamental.

Muchas son, pues, las cuestiones de alto bordo de nuestro pasado en relación con el tema que nos ocupa en la ocasión presente. En realidad, cabe afirmar que las dimensiones más importantes del hecho religioso hispano contemporáneo, aquéllas con mayor impacto en la sociedad ochocentista y en gran parte de la del siglo actual se encuentran imbricadas y atravesadas por la posición de los españoles ante la presencia de la Iglesia institucional en las manifestaciones del acontecer diario que la mentalidad

prevalente en los medios ideológicos consideraba como impropia, inadecuada o abusiva.

El peralte indiscutible del fenómeno anticlerical en la andadura más reciente del pueblo español responde a causas de gran envergadura y complejidad, gran parte de las cuales no podrán aclararse hasta que la investigación historiográfica roture otras parcelas aun también en barbecho.

Es claro, por ejemplo, que los progresos del anticlericalismo conectan en buena medida con la regresión de la vivencia religiosa, en la que encuentra un terreno abonado. Sus vínculos de toda suerte con los avances de la secularización e incluso, llamemos a las cosas por su nombre, de la descristianización son tan evidentes como directos y numerosos. Pero ¿ha sido el crecimiento del anticlericalismo el motor o simplemente el efecto del segundo fenómeno expuesto; o, tal vez, una conjugación de ambas cosas?

Asunto, en verdad, difícil para un análisis concienzudo y, sobre todo, convincente, que vaya más allá de tópicos y simplificaciones. En estas breves y apresuradas páginas sólo se intentará, va por descontado, poner asedio a una reducida porción de los elementos del núcleo esencial del anticlericalismo, con particular atención a uno de sus estadios cronológicos decisivos: el enmarcado por el cruce de una a otra centuria.

Preocupémonos, de entrada, por ciertos rasgos estructurales del tema. De otro modo, seguiremos accionando la llave de una cisterna de aguas estancadas en el tópico y las generalizaciones desprovistas de sustancia. Como otros anti, el anticlericalismo es vocablo pródigamente grávido de conceptos imprecisos y de atribuciones gratuitas y siempre usado con peyorativa intención. Se ha llamado oportunamente la atención, tanto en Francia como en España, sobre el sorprendente hecho de recubrir con un nombre que data de ayer una realidad que traspasa hondamente las fronteras de la Edad Media. Posiblemente, en los restantes países de vieja cristiandad suceda igual.

Pues, efectivamente, el anticlericalismo recoge toda su fuerza de ser una reacción frente al clericalismo; y el poder de los clérigos, la conformación de la Iglesia católica en una trabada e imponente organización administrativa sigue casi al fin de las persecuciones romanas y las invasiones bárbaras. A su vez el carácter limitativo de su ideología viene dado por un factor a menudo insuficientemente subrayado: la complementariedad del anticlericalismo respecto del catolicismo. Aunque en la actualidad pudiera tal vez concebirse un anticlericalismo sin su dicotomía frente a dichos credos revelados, hasta nuestros días su presencia era solamente colmada como reacción cara a aquéllos.

Por consiguiente, una aproximación al tema sólo es comprensible y admisible desde la óptica de un correlato estrecho e inseparable con las

vicisitudes del catolicismo. (Bien se entiende que hablamos de los países de señas de identidad cristiana, los únicos, por lo demás, en los que el anticlericalismo ha florecido). Sin embargo, la plasmación de ese sentimiento de rechazo de lo clerical en un *corpus* ideológico tiene su partida de bautismo mucho más adelante, hasta el punto de encontrar su expresión lingüística en tiempos cercanos, cuando Francia imponía su ley intelectual al mundo<sup>1</sup>

En plena eclosión de los «anti», surgirá también éste. La lucha entre ultramontanos y liberales, tan áspera en la Francia de mediados del XIX, tendrá, entre otras consecuencias, la aparición del término. Sería entonces cuando, al socaire de la crecida del sentimiento ultramontano, la vigorosa reacción provocada por esta pleamar en los medios laicos acuñase la eufónica palabra. Por su parte, Caro Baroja detecta una tardanza aún mayor. Un siglo exacto distancia a nuestro país del vecino, respecto a la irrupción del término por las aduanas del lenguaje. De uso, común, naturalmente, mucho tiempo atrás —al gran erudito vasco parece no preocuparle mucho la semántica en esta ocasión—, el Diccionario de la Academia sólo le otorgaría su franquicia en 1970<sup>2</sup>. Como siempre, la historia del lenguaje es bastante reveladora. Aquí nos habla de un cierto rechazo o quizá sería mejor decir de una cierta impotencia para crear el cauce expresivo a una realidad muy antigua. ¿Huellas de un terror pánico al aparato represivo de la Iglesia, tan importante en las antiguas sociedades? ¿Tributo a la hipocresía y al convencionalismo que el enfrentamiento con los temas religiosos impone en anchas capas de la población? No exactamente. Pero sí más huérfano de progenitores ilustres, de eslabones

---

1. Cfr. el enjundioso estudio introductorio de REMOND, R., a su bien hilvanada antología de textos *L'anticlericalisme en France. De 1815 à nos jours*. Bruselas, 1985.

2. CARO BAROJA, J., *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*. Madrid, 1980, 241-2. Un autor francés pone asedio con mayor precisión a la cuestión terminológica: «Nacido en el siglo XVIII, el «anticlericalismo» moderno se afianza y se atestigua: en torno a «ateísmo», «irreligión» e incluso hasta a «antirreligión» existían diversas familias de palabras. Pero el siglo XIX prefiere otra terminología centrada en el binomio *clericalismo-anticlericalismo*. Precedidos por los adjetivos correspondientes, estos sustantivos hacen su aparición después de 1850: Littré ignora el de *anticlericalismo* y considera a su antónimo como un neologismo que expresa la voluntad de subordinar la autoridad temporal a la autoridad espiritual. Tal es el sentido técnico de un término al que en adelante se opone laicismo por un curioso desplazamiento del sentido original de laico: laico era el que no era ni sacerdote secular ni regular, laico se convierte en la persona que se opone al clérigo o al clerical en su pretensión de controlar los asuntos de orden temporal. Estas dos familias de palabras, difícilmente trasvasables fuera de las fronteras galas, definirían con gran precisión el palenque de las confrontaciones si en los dos campos la polémica no hubiese contribuido a descentrarlos de su acepción estricta. Es justamente en esta extensión del sentido del término en la que estriba toda su ambigüedad: para el creyente, el «anticlerical» o el «laico» se transforman en el enemigo que pretendiendo limitar el papel político de la Iglesia, aspirará finalmente por la naturaleza de las cosas a su destrucción. Aunque en torno al término de librepensamiento y sus derivados se haga un esfuerzo para disociar la hostilidad doctrinal de la hostilidad política, la amalgama es tan asiduamente practicada que no puede por menos de desconfiarse de tal terminología, al menos para su uso científico. De esta forma, «anticlericalismo» permanece como la palabra más cómoda, pero ante cada documento el historiador debe plantearse el problema del nivel de oposición como asimismo de la gradación en dicha oposición». FOUILLOUX, E., «Les églises contestées», en *L'Histoire Religieuse de la France. 19-20 siècle. Problèmes et méthodes*. París, 1985, 143-4.

bien tallados y de ambiciones totalizadoras que otras ideologías del momento, casi todas ellas operantes con gran virtualidad en el mundo de hodierno. Si los grandes libertinos y los enciclopedistas mecieron su cuna, tan esclarecida genealogía desapareció casi por completo en la etapa contemporánea. Y si en Francia apenas registramos algún varón famoso por su contribución a la doctrina anticlerical, puede pensarse lo que sucederá en España, en la que la pluma más egregia de cuantos se afanaron por honrarla, redactando una modesta biblia para uso de los incontables seguidores de aquella religión laica, fue la de un inquieto periodista valenciano, Luis Morote: *Los frailes en España* (1904).

¿Sentimiento, pues, más que ideología? Tampoco exactamente. Más que casi todos los anti, el anticlericalismo se alimenta de un fondo instintivo, de una corriente anímica y psicológica. En los estratos más profundos de la sicología colectiva han anidado desde siglos un antagonismo y una prevención hacia el clero que no siempre obedecen a elementos racionales. Este carácter prejuicioso amengua su potencia racional; sobre todo, en las actitudes colectivas, en las tomas de posición de los estratos que han llevado la antorcha del combate anticlerical. Vertiente ésta claramente fundamental para una introspección verdaderamente científica del fenómeno y para la que es necesario el concurso de una amplia gama de especialistas y de saberes, hoy por hoy, no coordinados en ningún país para empresa tan excitante. Tal estado de ánimo se encuentra amasado por una mezcla muy heterogénea de elementos depositados, a manera de cantera, en la memoria de la especie de la gente ibérica, de elementos particularmente provenientes del pueblo. Medievalistas y modernistas nos tienen mucho que decir al respecto; y hasta el presente sólo alguna cata más ingeniosa que con ambiciones de solidez y globalidad nos han proporcionado. El sacerdote como mediador insoslayable ante la divinidad, la llave que cierra o abre la vida de ultratumba, las bases de la singularidad privilegiada del estamento eclesiástico y otras muchas notas de la misma dimensión nos ponen en la pista de una interpretación válida y satisfactoria de la raíz esencial del anticlericalismo y del peso en éste de las notas emocionales.

Toda esta visceralidad se encuentra, empero, represada por las ideas fuerza que han presidido la evolución contemporánea. La secularización, la autonomía de las esferas espiritual y civil, la corresponsabilidad son, entre otros del mismo género, factores determinantes en el desarrollo del anticlericalismo reciente. Para hacerlos prevalecer, sus adeptos radicalizaron a menudo sus presupuestos —laicismo a ultranza, racionalismo *enragé*, etc.—, sumergiéndose en posturas viscerales de gran irradiación proselitista que desdibujaban el fondo doctrinal en el que el anticlericalismo se asentaba. Un basamento en ancha media anónimo, como acabamos de decir, sin muchas ni grandes autoridades, de patrimonio más oral que escrito o literario, de no excesivos vuelos filosóficos, pero firme,

cohesionado y coherente: una sociedad en la que el sentimiento religioso no esté tutelado y en la que la Iglesia católica no tenga ni la apariencia de un aparato de poder.

A su modo y manera, liberales, anarquistas, republicanos, socialistas... participaron en la España contemporánea, casi siempre con más ardor moral que rigor mental, en esta corriente. Ello significa que el anticlericalismo revistió modalidades diversas, que se extendió por todas las capas sociales.

## GEOGRAFIA

Su geografía es así el primer elemento de estudio que nos sale al paso. Cuestión en verdad bien ardua, como todas las del anticlericalismo, del que no existen unos depósitos documentales cuyo sistemático expurgo pondría estrecho cerco a la mayor parte de los problemas e interrogantes con él relacionados. En comparación con su sociología, en la que hay, como pronto veremos, fluctuaciones y relevos, la geografía del anticlericalismo semeja obedecer a constantes más fijas. Dentro de unas coordenadas comunes, la instalación de la Iglesia fue distinta, v. gr., en la Galicia medieval o moderna que en Navarra o Murcia. Y es en este factor en el que según opinión extendida, descansa el principal arbotante del edificio anticlerical. Las relaciones de producción, la demografía eclesiástica, las líneas de actividad episcopal fueron diferentes de unas comarcas a otras, y es lógico que provocaran en los fieles reacciones también relativamente diferenciales. De lo que, sin embargo, no cabe suponer ningún determinismo geográfico e institucional. En Andalucía, por ejemplo, la señorialización eclesiástica fue más intensa que en Cataluña y ello no impide que en el Principado el anticlericalismo presentara siempre un tono más subido. E incluso dentro de la misma Andalucía, el distinto ritmo e intensidad del proceso señorializados en la Baja y en la Alta no halló reflejo notable en el fenómeno estudiado.

La tradicional religiosidad y hasta clericalismo atribuida *communis opinio* a las tierras vasco-navarras, no sabemos si descansa en unas seculares buenas relaciones entre pastores y ovejas. Desde el punto de vista material, la Iglesia docente no fue en ellas muy poderosa, suprimiéndose así el principal motivo de conflicto y cegándose, por consiguiente, la fuente también más importante de la genealogía del anticlericalismo. Sin ser tal análisis todo lo convincente que se deseara, sí es bien cierta la inexistencia en dicha zona del fenómeno que nos ocupa, a despecho, claro está, de un Iriarte, de un Urquijo, de un Baroja o de un Prieto. En la orla cantábrica igual cabe afirmar de la Castilla marítima. Las transformaciones propias de la revolución industrial han generado en nuestro país, como en Bélgica, Italia o Francia, núcleos obreristas convertidos en

focos de ardoroso anticlericalismo, en los que sería absurdo indagar razones de tipo geográfico-histórico por su propia naturaleza accidental, si no azarosa. Si bien es dudosa la permanente vigencia en el campesinado asturiano del dicho «con el fraile, mejor que con nadie», la fecha de nacimiento del fuerte anticlericalismo asturiano de los tiempos modernos es coincidente con su conversión en zona industrial. Su anticlericalismo ofrece de esta manera otro rasgo novedoso. Su carácter urbano, si no capitalino.

Muy distinto será el gallego. En la tierra de Curros Enríquez y de Castelao, y de las revueltas medievales contra el famoso arzobispo Gelmírez, las señas de identidad de pujante anticlericalismo son netamente agrarias y se hunden en los siglos oscuros. La pintura de una insuperable conocedora —y cantora— de sus gentes y paisajes, D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán, manifestará, curiosamente, buen cuidado en adscribir el territorio del anticlericalismo gallego a los límites de la campiña. Las cigarreras de La Coruña repelerán en una excursión campestre de modo airado a los misioneros protestantes.

Los reiterados intentos de penetración de las sectas por el Finisterre hispano, de los que nos da ya noticia «D. Jorgito, el inglés», nos pone en contacto con una cuestión íntimamente ligada a la que analizamos. ¿El anticlericalismo gallego, como el de otras regiones que figuran a su cabeza, tiene un fuerte componente de disidencia dogmática o religiosa; por el contrario la mayor aclimatación de las diferentes Iglesias reformadas en las tierras gallegas y en las de en vanguardia del anticlericalismo contemporáneo encuentra su explicación en el clima propicio creado por su anticlericalismo tradicional? No encontramos idéntica situación en Cataluña, Levante y Galicia o en la Andalucía marítima, pero en términos globales puede aceptarse la segunda de las hipótesis.

No sólo por la irradiación de algunos de sus grandes escritores contemporáneos, el anticlericalismo gallego es un anticlericalismo de exportación. Región nutricia de políticos —radicales y conservadores—, de profesores y, sobre todo, de cuadros castrenses, la impronta galaica marca con patencia la andadura del anticlericalismo español de los dos últimos siglos. Y no hallaremos —al menos marcado con tanto acento— el contrapunto de una vivencia y, en particular, de una influencia irradiadora muy poderosa del catolicismo como ocurre en Bretaña. No habrá ninguna gran figura gallega en los anales de éste, al paso que su principal instrumento de propaganda y acción tampoco ha sido en ella muy importante ni robusto.

Es demasiado ancha la región castellano-leonesa —aquí entendida la vieja usanza— para aventurarse en panorámicas sin color ni matiz. Empero, como las curvas según el decir orteguiano, también parece desbordada de ella el anticlericalismo. A la vista de la archidiócesis burgalesa,

un gran prelado de mediados del Ochocientos, de la Puente y Primo de Rivera, pensó que aún era posible la salvación del país...<sup>3</sup>. Setenta años más tarde, en días de la República, un animoso misionero, conocedor a fondo del pulso religioso del país, se lamentaba del descenso de la práctica sacramental en plena Tierra de Campos, pero no por ello su escrutadora mirada, detectaba ningún brote anticlerical en las tierras del Cid<sup>4</sup>.

Ni siquiera en comarcas de menos densidad eclesiástica y religiosa como Extremadura hay, en efecto, que confundir la inasistencia a Misa o la poca recepción de sacramentos con el vigor o la crecida del anticlericalismo. Hacia los años ochenta del pasado siglo un corresponsal del evangélico sacerdote Saturnino López Novoa, cofundador de las Hermanas de los Ancianos Desamparados, le informaba de «que aquí [Extremadura] se halla la fe mucho más resfriada que allá» [alto Pirineo Aragonés]<sup>5</sup>; mas ni él ni otros viajeros pesquisidores denunciaban un anticlericalismo relevante.

Castellano del solar de Vivar y con intensa, aunque fugaz, experiencia extremeña, fue el recio Cardenal Segura. Nunca éste quedó satisfecho de las virtudes y operatividad que, antropólogos y sociólogos, concedían a la religiosidad popular de su última diócesis y de Andalucía entera. No obstante su comprensible incredulidad, los hechos luchan por cantar una región tan aparentemente predispuesta al crecimiento y desarrollo del anticlericalismo no se alinea en su pelotón de cabeza. ¿Habrà que darle la razón a la Fernán Caballero y a su discípulo el P. Coloma, y a tantos otros padres y escritores cuando hablan del arraigo de la Iglesia institucional en el pueblo sureño, de la catolicidad profunda de éste? Sería meternos en libros de caballería el averiguar la presteza del cuadro y los mimbres utilizados en su construcción; para llegar, por otra parte, a la misma conclusión. Ni la presencia de Gibraltar, ni la existencia de nutridas colonias extranjeras en puertos y minas a lo largo de las edades moderna y contemporánea se han traducido en una dilatación de la onda anticlerical observada como elemento dogmáticamente diferenciador.

Si así ha sido en Levante se debe más, conforme indico *supra*, a un previo caldo de cultivo que a las prédicas de los misioneros reformados. El radicalismo blasquista y posterior (e incluso, no lo olvidemos, el propio canalejismo) reclutó su principal clientela, como es harto sabido, en esta zona de la nación. Dicho credo político-ideológico se nutrió casi exclusivamente de la clerofobia, heredera legítima y directa de un anticlericalismo

---

3. CUENCA TORIBIO, J.M., *Sociedad y clero en la España del siglo XIX*. Córdoba, 1980.

4. LAFÓN, J., *Les prêtres, les fideles et l'Etat. Le ménage à trois au XIX siècle*. París, 1987, 188-9.

5. Apud. CUENCA TORIBIO, J.M., «Saturnino López Novoa. Fundador de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados (Segunda Parte)», en *Anuario de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada*, 9 (1982), 47-85.

de añejas raíces. El dominio eclesiástico fue en el reino de Valencia tan duro o más que su implacable señorío civil. Como en Galicia, la otra punta de lanza del anticlericalismo hispano contemporáneo, tiene causas históricas. Y mal que le pese a los geógrafos monroístas la historia viene a explicar también aquí, como sucede en tantas otras ocasiones, a la geografía<sup>6</sup>.

También en Aragón se cumple la norma tan hispana de la unidad en la variedad. Pese a la primera, los contrastes no dejan de existir. No, sin embargo, en tan gran cantidad para quebrar su uniformidad religiosa. Aunque entre el somontano y las tierras que hace de corredor para Castilla se detecta a lo largo del tiempo diferencias de temperatura religiosa, el anticlericalismo no reviste en Aragón las formas ni el caudal de regiones fronterizas como Cataluña o el País Valenciano. De todos los anarquismos ibéricos fue el suyo el menos original en materia religiosa y, singularmente, menos atraído por el tema.

Cataluña es, sin duda, la región de todas las españolas más rica en claroscuros en la dialéctica clericalismo-anticlericalismo, sin que aquí como en ningún otro lugar insuflemos al primero de auténtico espíritu religioso y desproveamos de todo él al segundo. Comarcas como el Ampurdán, el Maresme o el Delta del Ebro han ocupado en todo momento un lugar de honor en el anticlericalismo de nuestro país. Otras como el Maestrazgo, la Plana de Vich o las montañas urgelenses también tienen un puesto preferente en la historia de la Iglesia española, en particular, en la docente. En ningún otro sitio del país la tensión entre el binomio a que nos referimos ha sido más fuerte. Importante ya en los orígenes de la Edad Contemporánea el papel pionero y relevante representado por Cataluña en las transformaciones y procesos característicos de la última fase de la historia determinaron que en los años posteriores el anticlericalismo se alzara en ella con pujanza incontenible. Asociado y hasta identificado por largo trecho con el republicanismo, el peso de éste en el Principado, el desarrollo de la prensa obrera y la notable extensión de una instrucción primaria y secundaria que tenía, por lo general, en sus artífices a los más ardidos propugnadores de su credo, hicieron del anticlericalismo catalán el más poderoso e influyente de toda la nación. El enfrentamiento con un adversario superiormente dotado en recursos doctrinales y propagandísticos coadyuvaría también a hacer del anticlericalismo del Principado un fenómeno más innovador y penetrante que sus congéneres hispanos.

La España insular también comparece como es natural en este mapa del anticlericalismo español contemporáneo. Y viene emparejada con otra cuestión, traída siempre muy a cuento con su crecimiento y desarrollo.

---

6. Es lástima que el libro de un sociólogo eclesiástico, valioso por lo demás, no haya abordado una mínima caracterización conceptual del anticlericalismo valenciano. REIG, R., *Blasquistas y clericales. La lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*. Valencia, 1986.



Uno de los más importantes enclaves de la masonería en nuestro país fue, según es bien sabido, Canarias. Los motivos geográficos pesaron tal vez más aquí que los históricos, pero, en todo caso, no mucho. Y, sin embargo, como sucediera en la Andalucía marítima, pese a lo nutrido y proliferante de las células masónicas, el anticlericalismo canario no ofreció una vitola de mayor robustez y empaque que el de otras regiones de la España interior.

El papel de ruptura de la religión tradicional representado para la élite canaria por la masonería, lo ha jugado en las Baleares el activismo protestante, con iguales resultados. Esto es, sin dar lugar a ningún anticlericalismo destacado. Pero sí en Canarias por la escasez tradicional de clero y la reducida catequesis católica desplegada por siglos en las afortunadas, cabría esperar una escasa reacción de los elementos clericales, en las Baleares nos encontramos casi en las antípodas. Sus copiosos viveros eclesiales, su densa red de instituciones religiosas y parareligiosas, supondrían siempre un poderoso freno a la expansión del anticlericalismo. En 1931, uno de sus más destacados intelectuales confesaba a uno de los más apolíneos y lúcidos anticlericales de las letras españolas, Josep Plá; «¿Para qué quiero el uniforme? El uniforme no tendré más remedio que hacerlo en Madrid. Ahora bien, del bordado ya hablaremos. En Mallorca hay unas monjas que bordan admirablemente a muy buen precio.

— De todas maneras...

— Sí, sí, ya le entiendo. Usted quiere decir que la tendencia del régimen es el anticlericalismo. No puede ser de otra forma. Comprenda... A mí se me tiene por anticlerical. Lo he sido y lo soy, pero mi anticlericalismo ha sido siempre inconcreto, abstracto. No me he metido nunca con los curas vivos, existentes. Si le dijera que no me interesan, le diría la verdad. Ahora bien, la cuestión del uniforme es diferente. Los uniformes de embajadores son muy caros. Nosotros, los que malvivimos de la pluma, nos hemos de defender. Le confieso que admiro a esas monjas de Mallorca, que bordan tan bien y a tan buen precio.

— Y yo también». (*Madrid. El advenimiento de la República*. Madrid, 1986, 5).

## SOCIOLOGIA

Después de la geografía, que aspira, en sus mejores obras, a una comprensión científica del mundo y la matematización de ciertos fenómenos, la sociología, es decir, una pobre ciencia, más conjetural incluso que la historia, al decir de Renan<sup>7</sup>.

---

7. Al menos en el terreno religioso, y en el caso español, estas palabras son algo más que una *boutade* o un desenfado. El único estudio que al respecto poseemos es todo menos un análisis sociológico del tema, DÍAZ MOSAZ, J. M.<sup>a</sup>, *Apuntes para una sociología del anticlericalismo*. Barcelona, 1976, en especial 132 y ss.

Frente a los actores fijos de la primera, aquí los papeles aparecen muchas veces cambiados o alternantes. Si nuestros doceañistas más ardientes y los progresistas situados en su misma ruta paleontocrática acabaron sus días como Clodoveo, en posesión de grandes cruces y distinciones pontificias, los republicanos educados en colegios y universidades confesionales avivaron una vez llegados al poder la tea del anticlericalismo demagógico. Y si como en Francia la nobleza más rancia y empestillada en sus privilegios acusaron a los clérigos jansenizantes de haber abierto el portillo de la revolución, sus herederos costearon los sindicatos amarillos. Aguas, pues, muy revueltas en las que es preciso poner cierto orden, esta vez sin la ayuda, o al menos muy excasa, de la filiación histórica, por cuanto que en nuestro país no ocurrirá como en Francia, más eclesialmente singularizado y en el que sus estamentos dirigentes experimentaron en ocasiones la tentación anticlerical. Salvo algunos libertinos en el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen y con la excepción de algunos espíritus fuertes, como los retratados por Alarcón y Valera, toda la aristocracia española fue siempre clerical.

No sucedía así con la clase que protagonizara el cambio político e ideológico operado en el XIX. Deseosa de independencia y dotada del imprescindible sentido del Estado para llevar a cabo desde el poder sus aspiraciones, la burguesía se declaró en pie de guerra contra el *Ordo clericalista* en las horas que presenciaron el cambate por el afianzamiento del sistema constitucional. El inventario y la catalogación del *corpus* ideológico del anticlericalismo al que al principio de este trabajo nos referíamos corrió en buena parte a cargo de ella. Si Larra con su exaltación de las «Palabras de un creyente» simbolizó su más pura y noble encarnación e innumerables panfletistas de tres al cuarto alimentaron al pueblo participante en las primeras asonadas y revueltas anticlericales, cuando sus iras comenzaron a desatarse y a recaer sobre los bienes y propiedades de la burguesía. Esta, bien pretrechada y acomodada en los peldaños del nuevo poder, desanduvo el antiguo camino para reconciliarse como la Iglesia institucional. Las innumerables congregaciones y órdenes nacidas de la entraña más profunda del catolicismo popular en la segunda mitad del siglo, contarían en uno o más benefactores provenientes de las filas de la nueva aristocracia. Galdós ridiculizó este mecenazgo en alguna medida espúreo, pero su crítica sólo encontró eco... literario.

Elemento axial del consolidamiento del Nuevo Régimen fue el Ejército. De sus cuadros y filas extrajo el anticlericalismo uno de sus componentes más esenciales e invariables. Salvo error u omisión, en que por lo demás creemos no incurrir, no existe en toda la historiografía española una alusión, siquiera tangencial, al hecho acabado de mencionar. Por nuestra parte algo nos hemos ocupado de él en otras páginas, que ahora no repetiremos. La etiología del fenómeno, ya que no de la enfermedad, se nos antoja sumamente compleja, pero de capital dilucidación. En buena

parte, el Ejército sustituyó a la Iglesia en cuanto informador de la conciencia colectiva. Antes incluso de la implantación por Canalejas del servicio obligatorio, las grandes movilizaciones acarreadas por las guerras civiles y ultramarinas obligaron a pasar por el troquel castrense a casi toda la población viril española; y tanto en el generalato como en la oficialidad, como en los mandos subalternos, el anticlericalismo constituyó uno de los fundentes de su cosmovisión. La adhesión, más infundada que real a las veces, del clero al carlismo fue, como es lógico, un ingrediente esencial de dicha postura. Pero hubo más. A propósito del caso gallego algo hemos adelantado. De todas las Armas, sería la Infantería la más caracterizada por su clerofobia, a causa tal vez de la más humilde extracción de sus cuadros, diferentes en ésta a los de la Marina, e, incluso, a los de la Caballería o Artillería, unidad también de prototipos anticlericales a la manera, v. gr., del comandante retratado por D.<sup>a</sup> Emilia en *Insolación y la La Madre Naturaleza*. El comportamiento de los capellanes castrenses tuvo que representar igualmente una papel nada desdeñable en el seguimiento de este anticlericalismo. Es muy revelador a estos efectos, cara sobre todo a las últimas peripecias dramáticas de nuestra historia, detectar el acentuado distanciamiento existente entre el cuerpo de Capellanes y el de Oficiales. Así como en la nación gala el comportamiento heroico de los sacerdotes militarizados durante la gran guerra fue una de las argamasas fundamentales de la pacificación espiritual del país con posterioridad al conflicto, en el nuestro no parece que sucediera tal cosa. Ninguno de los estudiosos de las guerras norteafricanas —por lo demás escasos y no particularmente sagaces— se ha adentrado en el análisis de la mencionada cuestión. Pero es claro que un acontecimiento como el marroquí, que fue sin duda el de mayor impacto y fuerza conformadora de la opinión popular en múltiples aspectos, debió tener notable transcendencia en la cosmovisión religiosa de muchos españoles, sobre todo, de los encuadrados en el pueblo. Gran libro el que pudiera escribirse sobre los capellanes en el conflicto mogrebí, que, aventuramos, fue un manantial de anticlericalismo, aunque desconocemos casi por completo las proporciones en que se alimentó de la deficiente conducta del clero castrense y de la crítica suscitada por éste entre mandos y oficialidad.

Idénticas características de permanencia y lealtad manifestó el anticlericalismo español contemporáneo en otro gran estamento de la vida nacional. Maestros y profesores enarbolaron en la etapa finisecular y en todo el reinado de Alfonso XIII la enseña del laicismo, vertiente docente del anticlericalismo. Estudiado en una primera y positiva primicia por un sagaz y documentado investigador, Pedro Alvarez, la penetración hasta el corazón del tema aún continúa y nos deparará grandes avances en el conocimiento del nuestro. En estrecho avecindamiento con la masonería en no pocas ocasiones, los librepensadores —y librepensadoras...— constituyeron en ciertas fases del combate anticlerical en la levadura de una

heteróclita masa. Su labor de encuadre y enfervorizamiento de los ambientes pedagógicos ganados a la causa anticlerical se revelaría, sin embargo, de primer orden. Catedráticos y maestros tendrían a su cargo la compilación de un anticlericalismo más complejo que el de la primera mitad del siglo, según analizaremos al trazar su sintética trayectoria histórica. Cara a la hora de la verdad, en el gran combate primisecular, el anticlericalismo presentó un arquitrabado, corpus doctrinal, que sirvió de magnífica cobertura al batallar de los políticos. Hasta que llegará con la II República el momento estelar de su afán, nutridos contingentes del Magisterio hispano dieron, con su fidelidad y esfuerzo, razón de ser a un anticlericalismo que corría cada vez más el peligro de enfeudarse en los casinos y en las tribunas políticas<sup>8</sup>.

El estamento médico —habría de tardar en decirse clase médica...— formó también en la primera línea del combate anticlerical en los cincuenta años que en el plano ideológico asistieron a su mayor poderío. Los recuerdos de uno de sus miembros más prestigiosos y de ascendiente más crecido entre los jóvenes como el galeno gaditano D. Federico Rubio son hartamente ilustrativos con respecto a alguna de las raíces del anticlericalismo hipocrático. Su predicamento en el pueblo, aguda, pero no bastamente estudiado aún, contribuyó en forma decisiva más que a la propagación del anticlericalismo a su «legitimación» y respetabilidad. Es por el momento difícil de calibrar la capacidad propagandística de los tres focos de irradiación anticlerical que tan esquemáticamente acabamos de esbozar. Pero por nuestra parte, si es permitido una personalización en un tema de tan grave trascendencia como el que ahora tratamos, nos inclinaremos por privilegiar el último. A los ojos de sus contemporáneos, el anticlericalismo hipocrático no aparecía lastrado por la ligereza o el sectarismo de los dos primeros, convirtiéndose en una receta más para la vida. En la guerra civil se asistió a las últimas y más dramáticas consecuencias del fenómeno apuntado. Por su incomparable entrega y la insuperable competencia de la mayor parte de los médicos alineados en la corriente anticlerical, su palabra, también constituía en este aspecto un salvoconducto para la vida<sup>9</sup>.

---

8. El paralelo francés está muy bien expuesto en PROST, A., *L'enseignement en France. 1800-1967*. París, 1968, 2.<sup>a</sup> ed., 384-88. Etiam GERBOD, P., *La condition universitaire en France au XIX siècle. Étude d'un groupe socioprofessionnel: professeurs et administrateurs de l'enseignement secondaire public de 1842 à 1880*. París, 1965. Sin embargo, el anticlericalismo no sería una señal de identidad del magisterio, al menos del francés. Cfr. la antología de OZOUF, J., *Nous les maîtres d'école. Autobiographies d'instituteurs de la Belle Époque*. París, 1967, en especial, 137 y ss. A la misma conclusión llega OZOUF, M., *L'école de la France, Essais sur la Révolution, l'utopie et l'enseignement*. París, 1984, 260.

9. Es lástima que uno de los mejores estudiosos de la historia de la Medicina hispana no se haya decidido a adentrarse en cuestión tan sugestiva y decisiva para el conocimiento profundo de nuestra Edad contemporánea: «...y esta más alta calificación social que ahora se otorga al ejercicio médico no deja de magnificarse hasta la conclusión del período histórico que aquí se rememora; lo explica, queda dicho, una mejor preparación profesional, la nunca interrumpida actualización de

En la trilogía esbozada se compendia, harto sabido es, gran parte de la historia de España en los decenios finiseculares y posteriores. Otra minoría dirigente, sin embargo, se convirtió igualmente en uno de sus motores más poderosos. Como profesión liberal, los abogados mostraron en buen número y en múltiples episodios su inclinación por una ideología anticlerical, más desprovista en su caso que en los anteriores de una vivencia antirreligiosa, expresando más bien a través de aquélla su anhelo de un claro deslinde de competencias y fundaciones entre la potestad estatal y la eclesiástica. En la esfera de la primera el regalismo no dejó de alentar como insistiremos más adelante en la política de casi todos los gobiernos, con ciertas inclinaciones y resonancia anticlerical. Sin embargo, no se produjo como en Francia el que la magistratura o incluso la misma burocracia estatal se convirtieran en uno de los pilares sustentadores del anticlericalismo. En la segunda parte de nuestro trabajo hablaremos con un mínimo detalle del anticlericalismo intelectual o mucho más exactamente de la acción anticlerical de algunos de nuestros intelectuales. En la España finisecular y primisecular y aún mucho después carecerían, empero, de fuerza y presencia sociales para convertirse en una clase social. Los orígenes de su representante en el período antedicho se sitúan en la mayor parte en la burguesía, sin que en cuanto a tal extremo ofrezcan muchas especies diferenciadoras en relación al mundo de los abogados o de los médicos.

Si alguna singularidad cabe rastrear en este sector es en el perteneciente al ámbito de la prensa. En algunos de sus escalones más avanzados sus redactores se convirtieron a lo largo de medio siglo en paladines incansables del anticlericalismo. Como ya conocíamos a través de algunas páginas galdosianas y de otros grandes novelistas de la generación del 98, últimos testimonios autobiográficos como los de Cansinos-Asséns nos hablan del crecido número de clérigos y exclérigos que pululaban por las redacciones de los periódicos de mayor eco popular, a los que alimentaba con incesantes diatribas y críticas al Papado, los obispos y todo el sacerdocio regular y secular sin excepción en ocasiones de las monjas<sup>10</sup>. El anticlericalismo generado por las citadas publicaciones —de espectro no circunscrito, claro es, al meramente periodístico— cosechó grandes frutos en la formación del pensamiento obrerista, siendo explotado a veces por demagogos como Lerroux. Sino que este fenómeno nos enfrenta con una de las cuestiones esenciales del anticlericalismo español contemporáneo.

---

saberes; también, desde luego, la medicina, y la mayor eficacia de su acción curadora, evidentemente sobre todo en el quehacer quirúrgico, lo que otorga a los cirujanos prestigio superior al de los médicos, siendo los que de modo efectivo consiguen gozar de esa ya citada condición de 'héroes sociales' y cuanto de ello, admiración popular y beneficio económico, se deriva como lógica consecuencia». GRANJEL, L.S., *Historia Política de la Medicina española*. Salamanca, 1985, 114.

10. No ha caído dentro de los propósitos de un diligente autor el acotar el tema en la muy significativa realidad madrileña. RODRÍGUEZ DE CORO, F., «Anticlericalismo popular en Madrid», en *Cuadernos de Historia y Arte*, IV (1986), 9-45.

¿A través de cuáles mecanismos se efectuó la simbiosis entre la corriente intelectual y la popular? ¿Cómo la teoría encontró un brazo ejecutor? ¿Hasta qué extremo fue dependiente el anticlericalismo militante y violento? ¿Cómo se produjo la pedagogía del anticlericalismo intelectual? Demasiadas interrogantes sin duda para un tema del que apenas sí conocemos fehacientemente algunos costados, no siempre los más importantes.

Y si todas las caracterizaciones socio-profesionales son en este y en cualquier otro terreno harto aventuradas y discutibles con largueza, al introducirse el escalpelo en la disección del anticlericalismo popular se está en el filo de la navaja de provocar la ceremonia de la confusión. Si Menéndez Pelayo se bataneaba por cuenta propia, es decir, por recuerdos de su adolescencia, del remendón progresismo anticlerical, otros sectores populares aparte de los zapateros se contaron entre los fieles del anticlericalismo popular<sup>11</sup>. Aunque con menos patencia que en el Antiguo Régimen, una de las fronteras sociológicas más considerables del anticlericalismo pasa por la línea divisoria entre el campo y la ciudad. En el artesanado de ésta —carpinteros, talabarderos, alarifes...— y en los núcleos fabriles, allí donde existen, encontrará el ejército anticlerical fuerzas de choque. En unos recuerdos más recientes que los citados líneas atrás, cuenta el actual vicepresidente del gobierno como su padre, maestro de taller en una Pirotecnia militar, mantuvo intacto hasta en los días del fastigio del nacionalcatolicismo el depósito anticlerical recibido en la juventud de manos de su progenitor<sup>12</sup>.

En algunos de estos medios urbanos el ascendiente del socialismo creció de manera ininterrumpida en el paso de un siglo a otro para no perder ya tal ritmo. La influencia del guesdismo es bien conocida en esta andadura para subrayarla ahora. Empero, no será tal vez inoportuno recordar cómo esta orientación colocaba en un segundo plano del combate obrero al anticlericalismo<sup>13</sup>. El gran socialista francés pensaba, como se

---

11. *La novela de un literato*, 1, Madrid, 1982, 41-9. La onda del anticlericalismo periodístico se prolongaría largo tiempo, según lo registra los recuerdos de MONTSENY, F.: «Era en los días álgidos de la guerra europea. Las mujeres que iban a comprar 'a ca la Carmeta', la mayor parte poco familiarizadas con la lectura de los periódicos, me pedían que les leyese las informaciones del diario *El Diluvio*, que, en aquellos tiempos, era el más leído de Barcelona...» *Mis primeros cuarenta años*. Barcelona, 1987, 25.

12. «Mi padre no era nada clerical. El clero no le gustaba. El no decía nada en contra de la religión, pero el clero no le gustaba.

— Ni hablaste con él de problemas de fe...

— No, no. El no era nada clerical, ¿eh?». FERNÁNDEZ-BRASO, M., *Conversaciones con Alfonso Guerra*. Barcelona, 1983, 154.

13. «Para el socialismo, en cambio, la Iglesia española sólo debía ser atacada en cuanto sirviera de sostén al régimen capitalista; en ningún caso se podría aislar el problema religioso del problema social, y el hacerlo podría significar una distracción de fuerzas para la clase obrera.

Esta posición fue claramente expuesta por Pablo Iglesias en su respuesta a la encuesta sobre anticlericalismo y socialismo que en 1902 llevó a cabo la revista *Le Mouvement Socialiste*. En esta encuesta, a la que también enviaron informes Kautsky y Ferri, Pablo Iglesias afirmaba (retraducimos al español):

recordará, que el poder de todas las religiones reveladas caería por su base el día en que el proletariado realizase la conquista del Estado y llevara a cabo las transformaciones sociales exigidas por su infatigable reivindicación. Pero indudablemente no conviene llevar al extremo el paralelismo en la evolución de ambos credos. Aunque en plena honda expansiva de la religión anticlerical decretada en la Francia de Waldeck-Rousseau, Pablo Iglesias reiterará sus opiniones sobre la indiferencia con que el anticlericalismo era observado en su partido, como elemento diverso de la oligarquía, el P.S.O.E. no dejó nunca de tributar en su etapa fundacional adhesiones e, incluso protagonismo creativo, al sentimiento anticlerical<sup>14</sup>. Bien que acontecimientos tales como la Semana Trágica Barcelonesa subrayan el protagonismo casi exclusivo del proletariado anarcosindicalista, ello no debe conducirnos a olvidar el frente común formado en tal aspecto por las dos grandes corrientes obreristas, a las que las muchas sombras del sindicalismo cristiano avivaron su conciencia de clase, que creían deturpada con las actividades de los obreros embaucados por patronos jesuíticos como el marqués de Comillas o José M.<sup>a</sup> Urquijo. Por lo demás, también merece recordarse en tal punto el

---

Para un verdadero socialista, el enemigo esencial no es el clericalismo, sino el capitalismo... No se debe poner demasiada esperanza en el anticlericalismo de los elementos burgueses.

Empujar al proletariado a dirigir su actividad y su energía más contra los clericales que contra los patronos es el error más grande de que pueden ser víctimas los que aspiran a terminar con la explotación humana.

Esta posición doctrinal se tradujo en hechos, y así declinó participar en el congreso librepensador que se proyectaba celebrar en Madrid en 1892, y cuando en el Sexto Congreso del Partido Socialista, reunido en Madrid en 1899, se introdujo una ponencia prohibiendo a sus miembros apoyar la religión católica u otra positiva, esta propuesta fue rechazada por un 'no ha lugar'. La fidelidad a esta línea hizo que los socialistas fueran criticados por no sumarse al coro anticlerical que celebró el estreno de *Electra*, y *El Socialista* no dudó en mantener estas ideas en una dura polémica con *El Motín*.

Ahora bien, ésta era la postura oficial del Partido, pero tanto en la actitud individual de sus miembros como en el tono de muchas de las crónicas periodísticas, especialmente en provincias, se transparentaba una posición anticlerical, y en algunos casos antirreligiosa, que si no alcanzaba la virulencia de los anarquistas, era demasiado evidente. Unamuno luchó contra esta tendencia, públicamente desde *La Lucha de Clases* y privadamente en su correspondencia con dirigentes socialistas, y fue sin duda una de las causas que le alejaron del Partido». PÉREZ DE LA DEHESA, R., *Política y sociedad en el primer Unamuno*. Barcelona, 2.<sup>a</sup> ed., 1973, 42-3. Creemos que uno de los mejores historiadores del obrerismo español no muestra aquí, contra su costumbre, excesiva atención a los matices: «Pablo Iglesias se equivocaba... doble o triplemente. Ni el fenómeno clerical o el anticlerical se podían entender sólo ni fundamentalmente con tal mecanismo economicista, en exclusiva dependencia de la estructura de clase de la sociedad capitalista, ni el anticlericalismo de los «burgueses» era tibio o ficticio, ni, en definitiva, era un objetivo factible en aquella España reducir a un segundo plano el anticlericalismo obrero en favor de una militancia de clase. Por el contrario, el propio líder socialista sólo llegaría a diputado, ocho años después, en conjunción con los partidos republicanos, conjunción que se logró a partir de un programa, que se apoyaba entre sus pilares fundamentales en el anticlericalismo». ALVAREZ JUNCO, J., «El anticlericalismo en el movimiento obrero», en VARIOS, *Octubre 1934*, Madrid, 1985, 287.

14. «Sólo más tarde, preocupados por el descenso del número de miembros de la UGT y por el intento de las sociedades obreras católicas de representar a los trabajadores en el instituto de Reformas Sociales, los socialistas comenzaron a adoptar una política más anticlerical formando una tenue alianza con los republicanos de la clase media, que consiguió derribar las barreras de clase como pocos otros motivos podrían hacerlo». CONNELLY, J., *La Semana Trágica*. Barcelona, 1972, 40-1.

mapa del anticlericalismo militante de la España finisecular, no limitado a las zonas de predominio ácrata y en las que es legítimo suponer la militancia de sectores alineados en la disciplina del P.S.O.E. El Madrid del jubileo papal de 1900 o el de la escenificación de la *Electra* galdosiana, el Bilbao de las huelgas contra los patronos católicos no pertenecen a una geografía dominada por el credo anarquista<sup>15</sup>.

Con respecto a éste nos hemos beneficiado en los últimos años de algunas pocas, aunque muy valiosas aportaciones a cierta vertiente de su anticlericalismo. Pese a que recientes estudios refuerzan cada vez más la implantación urbana del anarcosindicalismo, la religiosidad anarquista es de raíces y encarnadura campesinas. Ello la haría conectar con las cepas más profundas del fenómeno anticlerical. De ahí, innegablemente, su mayor diapason, su pathos, muy superior al del anticlericalismo socialista. En su visión, el cristianismo había sido secuestrado por el clericalismo y a los curas y frailes se debía la mudez e inconsciencia de una gran parte del clero ante la explotación burguesa. Estado de espíritu no demasiado favorable a la percepción exacta de los hechos, pero que habría de tener incalculables efectos en los momentos de franca ruptura de la precaria convivencia nacional hasta llegar a los días luctuosos de la guerra civil.

Con la victoria del sistema liberal el anticlericalismo hispano pasó a alimentarse de una doble fuente. A la tradicional, que cabría llamar también popular por su naturaleza e intención, vino a añadirse otra que debe denominarse política. En manos de los hombres de la nueva situación, el anticlericalismo adoptó claramente el carácter de un arma e instrumento al servicio del triunfante liberalismo. Pasados los años dificultosos de éste, cuando el reinado isabelino adquiriese una tonalidad de conjunto marcada por la impronta moderantista, el anticlericalismo no dejó de utilizarse por el poder en las contadas ocasiones en que se vio necesitado de emplearlo. Un gobernante como Narváez no dudó en hacerlo así al sobrevenirle en 1864 algunas dificultades por la llamada «cuestión romana»; y, a despecho de los obispos, todos los gabinetes de la época concedieron en tal materia una amplia libertad de prensa. Sólo en el bienio que precedió a la Gloriosa las cosas cambiarían, con la desaparición

---

15. Resulta muy aceptable la síntesis de PAYNE, S.: «El anticlericalismo tuvo a lo primero un papel fundamentalmente distinto en el movimiento anarquista que el que desempeñaba en el partido socialista español, tanto cuantitativa como cualitativamente. Los socialistas, de inclinación marxista, se basaban en el materialismo «científico» y se orientaban hacia las cuestiones políticas y económicas. Los anarquistas eran apóstoles del racionalismo y de una nueva moral, y su insistencia en las cuestiones culturales y sociales difería notablemente de la de los socialistas. Para los anarquistas la religión tradicional constituía una barrera, tan importante por lo menos como el capitalismo, en su marcha hacia una nueva moral y una nueva cultura. Hicieron, pues, del anticlericalismo el frontispicio indispensable de la revolución, mientras que los socialistas lo veían como un factor concomitante natural, que no exigía tanta atención». *El Catolicismo español*. Barcelona, 1984, 163.



casi total de este anticlericalismo político, signo de identidad del liberalismo español, guadianización operada a su vez por motivos políticos<sup>16</sup>.

Obvio se hace recordar como con el Sexenio democrático la corriente pergeñada revistió caracteres de torrente. Sabido es como un elemento aglutinante de la gran mayoría de las juntas brotadas a fines de septiembre de 1868 por casi todo el país radicó justamente en dicho anticlericalismo. Con la excepción, tal vez, de los diferentes gabinetes de la regencia esparterista, sería el gobierno provisional constituido en octubre del mismo año bajo la presidencia de Serrano el de más virulento anticlericalismo en los anales de nuestro Ochocientos<sup>17</sup>.

Es lástima que no dispongamos de un estudio monográfico sobre el anticlericalismo del período ahora comentado. El marcó en muchos aspectos un verdadero punto de inflexión en su trayectoria, presenciando la madurez y el fastidio de una de las corrientes anticlericales, —la popular, representada por los diarios de clientela obrera o inscripción radical, de clerizontes trabucarios en saturnales conventuales, y las caricaturas charrinescas de canónigos politizados y obispos filocarlistas—, así como el germen de otra —la de anticlericalismo intelectual—, que va a ser objeto de nuestra consideración posterior.

---

16. «Nuestra tesis es que visto siempre el problema desde las argumentaciones utilizadas en el campo de la opinión pública, por lo que a este tema respecta, al anticlericalismo de tipo jansenista del liberalismo primigenio (un tanto ingenuo y bienintencionado: reforma sincera de la Iglesia), en el fondo, una nueva forma de clericalismo, se convierte a partir de este momento (1835, en concreto) en un anticlericalismo de base socio-económica, casi exclusivamente (desamortización), abandonando, por tanto, de facto la bienintencionada «reforma del clero», con lo cual el anticlericalismo se convierte en un elemento cuasi estructural, por decirlo así, del liberalismo español (en uno de sus postulados básicos). Pero, aparte de este choque de intereses, lo que ya no es poco, el anticlericalismo se acrecentó como componente básico del liberalismo, porque la jerarquía católica no ya sólo durante la guerra civil (guerra carlista, 1833-39) estuvo mayoritariamente, abierta o simpatizando, al lado del carlismo (opción político-social), sino que además a partir de 1840 (Roma no reconoce a Isabel II hasta 1847 y el Concordato se firma en 1851) la prensa carlista monopoliza casi informativamente la ortodoxia (político-religiosa) de la Iglesia católica española. De esta forma, bien fuese por comodidad, falta de visión (romper esa secular alianza trono/altar, aparte de otras razones de más peso, no era fácil), razones económicas o ideológicas, etc., lo cierto es que si la prensa liberal tiene su parte importante en la acentuación del anticlericalismo como elemento esencial del liberalismo, también lo es, y no menos cierto, que la jerarquía católica con su postura clerical/carlista fomentó el anticlericalismo periodístico español». ALMUIÑA, C., «Clericalismo y anticlericalismo a través de la prensa española decimonona», en VARIOS, *La cuestión social en la Iglesia española contemporánea*. El Escorial, 1981, 139. También en el mismo marco periodístico, aunque centrado en la Ciudad Condal, se ha podido escribir: «Por eso el anticlericalismo del futuro partido progresista es enervamiento ante el sentimiento de excepción que el clero posee, y aparece como hipersensibilizado ante todo atisbo de jurisdicción autónoma, privilegio legal o preferencia de trato». LONGARES, J., *Política y Religión en Barcelona (1833-1843)*. Madrid, 1976, 201.

17. Del clima en que se alumbró dicha legislación puede dar idea un hecho poco traído a colación por los cada vez más numerosos historiadores de la Gloriosa: «Al andar el buque, rodearon a éste numerosas embarcaciones, estallando un ronco vocerío preñado de amenazas. Como a bordo venían con nosotros dos jesuitas de Canarias, tan pronto como los divisaron los boteros, dieron rienda suelta a la cólera en las voces, esgrimiendo a la vez los puños con aire nada tranquilizante. Dulce intervino, reclamó que se pusieran a salvo los eclesiásticos, conduciéndolos a Gibraltar, y sin el imperio de su autoridad, es muy posible que aquel día hubiésemos sido testigos de escenas lamentables». LEON Y CASTILLO, F., *Mis tiempos*. Las Palmas, I, 1978, 53-3.

Entendemos por éste el nutrido por las ideas y clichés puestos en circulación por intelectuales y escritores de muy diversa especie, que no tendrán, por lo común, un compromiso expreso con las agrupaciones políticas y situados frente al anticlericalismo con una actitud a la vez crítica y regeneradora. Cuando temáticamente los otros dos veneros están agotados hasta el punto que sus manifestaciones no serán más que simples variantes en una línea harto reiterativa, este último tomará el relevo e impregnará con sus ideas y visiones la atmósfera finisecular, prolongada aquí, como en tantos otros aspectos de la vida española, hasta los días de la II República.

Será un anticlericalismo de corte netamente intelectual y, si se quiere, hasta «científico». No hay en él ninguna táctica, ningún objetivo inmediato o coyuntural; no forma parte de ningún programa político, atenido siempre a lo inmediato. Parte de una consideración detenida de la historia hispana, y se atiene a un proyecto de largo alcance sobre la enmienda de sus yerros, entre los que ocupa un lugar primordial la permanente asunción de la sociedad civil por la eclesiástica. Es, en fin, —con cierto abuso de su adjetivación— un anticlericalismo estructural, obediente y subordinado a la concepción regeneradora que anima en la obra de algunos de los espíritus más ilustres de la España finisecular y de sus inmediatos epígonos.

Junto con su injustificada tutela de la sociedad civil, la falta de sensibilidad social y la ignorancia serán los extremos que centren el anticlericalismo intelectual<sup>18</sup> Frente al de origen popular imantado por la crítica de facetas más singulares e intrascendentes —la gula o la avaricia—, y despegándose también un poco del monocorde político —la Iglesia como abanderada de la reacción—, el que estudiamos atenderá a facetas de corte más general y de una entidad más sustantiva que los precedentes. Si alguna vez sus adeptos descienden a la clerofobia más estereotipada lo hará con un punto de ironía, para descalificar precisamente los argumentos de la defensa clerical, afanada en identificar el anticlericalismo intelectual con el de panfletistas y tribunos de la plebe. Así, por ejemplo, el joven Azaña hará burlas de algunas charlas anticlericales de sus tiempos de flamante abogado, autocalificándose de «comecuras»<sup>19</sup>.

---

18. Vid. al respecto FERRER BENIMELI, J. A., «La masonería y la Iglesia en el siglo XIX español», en VARIOS, *La cuestión social en la Iglesia española contemporánea*. El Escorial, 1981, 255-83, en especial 272-3. «De modo concreto, la Iglesia española ha encarnado la reacción a la ciencia y el retraso cultural y político. Morote afirma con Macías Picavea que en España la ciencia avanza apesar de la hostilidad de los «apagaluces nacionales». Y concluye Morote su visión histórica: «Religión y libertad son dos líneas paralelas que sólo se pueden tocar en el infinito». Pensamiento abonado con las autoridades de Renan, Strauss, Voltaire, Anatole France...». PÉREZ GARZÓN, J.S., *Luis Morote. La problemática de un republicano (1862-1923)*. Madrid, 1976, 128-9; libro que tiene una estimulante dedicatoria autógrafa: «A D. José M. Cuenca, por una Andalucía democrática, una pila de agradecimientos».

19. «Pero siguió frecuentando la Academia... y así escribe a su amigo, invitándole a asistir a una de las reuniones en 'la que tomarán parte estimables oradores y de donde sacarás sin duda

La novela anticlerical de Galdós —sobre la que tanto hay aún que decir y tanto ha dicho un reciente estudio<sup>20</sup>— puede servir de paradigma. Después del anticlericalismo de sus primeras novelas, obsesionado por presentar los descarríos somáticos de sus personajes eclesiásticos de *La Fontana de oro* o *El Audaz*, toda su restante producción encuadrada en tal línea se moverá en el horizonte que ha yemos bosquejado. El recelo, incluso el odio contra la cultura, el fanatismo y la rudeza de espíritu serán los lunares permanentes que ensombrezcan la presencia de la Iglesia docente en la sociedad española, de la que fomentará sus peores inclinaciones.

Igual pensará y escribirá el primer Azorín; y con él, todo el censo de los escritores vanguardistas de su mocedad, con la excepción ya algo más tarde de Ramón Gómez de la Serna. Uno de los nexos más fuertes y claros de la generación del 98 estribará en la naturaleza de su anticlericalismo militante. El total marginamiento de las corrientes vivificadoras de la cultura contemporánea será para los miembros de la famosa generación la característica más sobresaliente de la clerecía hispana. Desde Baroja a Machado ésta será la denuncia que más fuertemente resuene en su producción anticlerical. Si en Valle este acento aparece más amortiguado lo será por exigencia del guión; es decir, por el culto y preferencia del portentoso escritor a los aspectos más fácilmente caricaturizables y novelescos.

Muy sintomáticamente, la sostenida e implacable censura de la incultura eclesiástica será uno de los escasos eslabones que une a los hombres del 98 con los de la gran generación literaria anterior. El socarrón y apicarado Valera disimulará mal en su obra narrativa —y aún más en la epistolar— su desprecio hacia unos curas y frailes enemigos por principio de las letras. Otro tanto sucederá con el aparentemente «muy ortodoxo» Palacio Valdés y con la no menos «católica» Emilia Pardo Bazán. El renano «Clarín» pondrá en discreta solfa a la clerecía ignara, sin ahondar demasiado el estilete, con el fin probablemente de no dar carnaza a sus censores biempensantes.

Y éste será igualmente otro de los lazos que engarce a los noventaochentistas con los integrantes de las generaciones de intelectuales posteriores. El hierofante de la de 1914, Ortega dirá tajantemente de la élite cultural de la Iglesia española de su tiempo: «El vicio radical de los jesuítas, y especialmente de los jesuítas españoles, no consiste en el maquiavelismo, ni en la codicia, ni en la soberbia, sino lisa y llanamente en la ignorancia».

---

alguna grandísimo provecho'. Y añadía: 'ahora *estamos resolviendo* el problema del clericalismo y de la reacción y todas las noches se pide carne de cura». MARICHAL, J., en prólogo a AZAÑA, M., *Obras Completas*, I, México, 1966, XXXVIII.

20. MIRANDA GARCÍA, S., *Religión y clero en la gran novela española del siglo XIX*. Madrid, 1982, y *Pluma y altar en el XIX. De Galdós al Cura Sia*. Cruz, *Ibid.*, 1983.

Los jesuitas serán, en efecto, el principal blanco de los dardos anticlericales de los novelistas y pensadores de la España finisecular y de la de comienzos del siglo actual. No hay que recordar al Blasco Ibáñez de *La Araña Negra*, *La bodega* o *El intruso* para dar fe notarial de ello. Una de las pocas veces en que D. Juan Valera se quitó su peluca de ilustrado dieciochesco fue en su clamoroso varapalo a los «sabios» de la Compañía de Jesús. Otro espíritu de la misma estirpe del inigualable escritor cordobés, Pérez de Ayala, conocería al comienzo de su fama literaria al publicar A.M.D.G. en la que el único jesuita pintado con tinta benévola es el prontamente secularizado Julio Cejedor. Pero también aquí encontramos bien firme la cadena de los tiempos, y este famoso jesuita gloria filológica de un tiempo de su antigua orden recibirá las críticas de uno de los últimos epígonos de la Institución Libre de Enseñanza por su erudición mazorril, carente de *esprit* y finura<sup>21</sup>.

No podrá tacharse de aventurado imaginar que uno de los puntos de confluencia más importantes de toda la crítica de la España tradicional y más particularmente, claro es, de su sector dirigente eclesiástico recibirá en la puesta en picota de la orden religiosa estimada en la cristiandad hispana como la más esclarecida intelectualmente. Desde Aranda a Azaña la hostilidad contra ella será señal de progreso. Librepensadores, masones, anticlericales, anarquistas, volterrianos, así como todos los afectos a una determinada concepción de la modernidad del país cerrarán filas contra el avance del jesuitismo y su influencia en la colectividad nacional<sup>22</sup>.

El anticlericalismo intelectual supone desde muchos puntos de vista un aburguesamiento de su vitola, una respetabilidad de formas muy a tono con los mores vigentes en la «belle époque». Bien entendido que su prevalencia no implica una absorción completa de sus otras dos modalidades —en especial, de la popular— que seguirán regando parcelas considerables de las manifestaciones socioculturales y que tendrá, sobre todo, una influencia decisiva en la expresión multitudinaria del anticlericalismo y en los hechos de masas por los que éste hace acto de presencia en la trayectoria política del país. Pero no obstante ello, será el anticlericalismo intelectual el que conforme la opinión pública hostil al estancamiento eclesiástico —o al menos a parte de sus actividades temporales— a través de la elaboración de un pensamiento divulgado por los principales medios de información y lectura empleados por las clases dirigentes. Los órganos periodísticos de mayor penetración en tales círculos representarán a tales efectos un papel imponderable. La popularidad de Canalejas como go-

---

21. «Cejador, por ejemplo, sabía mucho y enseñaba eficazmente a traducir latín; pero trataba a sus alumnos como un dómine de escuela rústica y no les ayudaba a captar el valor histórico o poético de lo que se traducía». LAPESA, R., «Recuerdo y lección del 'plan Morente'», en *Revista de Occidente*, 60 (1986), 79.

22. El P. M. Revuelta publicará próximamente el segundo tomo de su *Historia de la Compañía de Jesús en la Edad Contemporánea*, en la que con su acribia y acuidad habituales abordará, ¡por fin!, tan importante temática.

bernante «anticlerical» elegido ya en una encuesta periodística de 1903 como el candidato ideal a la presidencia de los Consejos de la Corona— se explica sólo por el control y ascendiente que ejerciera en los diarios madrileños de mayor circulación en la primera década del siglo XX. Casi sin solución de continuidad, revistas como «La España moderna» o periódicos como «El Sol» continuaron conformando este anticlericalismo intelectual en la conciencia de la élite del país<sup>23</sup>. Ningún hombre público de la segunda etapa de la Restauración —tampoco de la primera, a no ser de forma momentánea— se distinguió, en verdad, por su clericalismo; y hasta en el más acusado de ello, Maura, su silencio en toda la transición parlamentaria de la ley del Candado resulta harto expresivo de su íntima actitud. Emparejado con él, hay que colocar al otro símbolo del conservadurismo alfonsino, Primo de Rivera, quien en su política religiosa defraudó a numerosos de sus incondicionales, escandalizados en las postrimerías de la primera dictadura española del siglo XX con la retirada del general en el intento de oficializar los estudios superiores cursados en Deusto y El Escorial.

Así, pues, dentro de las metas perseguidas por el Estado de la Restauración no figuraba en manera alguna el reforzamiento del clericalismo. La teoría y práctica regalista seguía alentando en él, cristalizando de facto en una realidad no muy distante de la deseada por el anticlericalismo moderado. Acerca de la ambigüedad de sentimientos en la que se basan las relaciones entre la Iglesia Institucional y la de Sagunto no queremos repetir aquí lo escrito con la debida extensión en otros trabajos. Mas, pese a ello, convendrá quizá recordar que de hecho, de manera operativa el anticlericalismo no significó una raza fronteriza o una idea distintiva que separase a monárquicos de republicanos<sup>24</sup>. Una parte del programa anticlerical en el terreno clave de la educación fue aplicado por los ministros de María Cristina y de su hijo; y otras medidas tendentes a la secularización propugnadas por este anticlericalismo contractual fueron iniciadas también en el reinado de Alfonso XIII y, sin que piquemos a los futuribles, bien puede afirmarse que únicamente el advenimiento de la primera dictadura impidió en punto a matrimonio civil juramentos públicos, etc. plasmar en el código civil tales iniciativas. Naturalmente que la respuesta de la Iglesia docente fue muy agria frente a esta trayectoria estatal, con movilización victoriosa en no pocos casos, de sus importantes palancas en el seno de una sociedad aún más ampliamente tradicional<sup>25</sup>.

---

23. Tenemos en preparación una monografía acerca del anticlericalismo de la España moderna, que esperamos publicar en fecha no lejana.

24. Andrés Gallego se ha planteado con rigor la cuestión, en particular en su importante libro *La política religiosa en España. 1889-1913*. Madrid, 1975.

25. Entre la bibliografía más reciente cabe citar el excelente libro, muy documentado y sereno, de GARCÍA REGIDOR, T., *La polémica sobre la secularización de la enseñanza en España (1902-1914)*. Madrid, 1985. Pese a la valía de esta obra, creemos que la almendra del tema sigue guardándose en el discurso que pronunció ante el Congreso en 1903 Canalejas: «Cuando veo con pena este litigio en que estamos empeñados entre la enseñanza laica y la religiosa, y dentro de la enseñanza laica, la del Estado y la privada, ocurreseme pensar que, aun todos juntos, no satisfacemos las grandes necesidades

El propio monarca, motor decisivo en muchos aspectos de esta incipiente secularización estatal (recuérdese, *ad exemplum*, sus estrechas relaciones con Canalejas), y sus ministros se vieron forzados por ellos a un continuo zig-zag en su política religiosa, en la que abundarían las retiradas estratégicas, pero sin que sus inhibiciones y reservas le hicieran perder nunca por encima de anécdotas y acontecimientos más o menos rentables para el afianzamiento del régimen en los estratos conservadores —monumento al Sagrado Corazón de Jesús, alocución real ante Pío XI— aquella aparición secularizadora<sup>26</sup>.

La realidad profunda de la vida nacional fue esta convergencia, uno de los fenómenos capitales de la España de los primeros decenios de la centuria actual. La audiencia de Romanones, encarnación prototípica del anticlericalismo estatal entre la mayor parte de los grandes intelectuales madrileños del momento, constituye un ejemplo de alta significación. El apoyo a la Iglesia era una pieza negociable en su diálogo con la oposición, como de manera gradual lo fue demostrando la marcha del reinado de Alfonso XIII, hasta el abrupto corte del régimen primorriverista. A pesar de que al término de éste tal vez los cuadros eclesiásticos le hubieran servido de innegable utilidad para el restablecimiento de un parlamentarismo domesticado, la Corona no reforzó en dicho año sus lazos con la Iglesia institucional y la defensa que ésta hizo de la monarquía se fundamentó casi exclusivamente en su arraigada convicción de los efectos positivos de la alianza entre el altar y el trono. La prevalencia alcanzada por el anticlericalismo de corte intelectual y burgués a lo largo de la Restauración no entrañó, como más atrás insistíamos, la desaparición de las otras dos corrientes.

---

de cultura e instrucción que siente España. Si aun todos juntos somos pocos, ¿por qué no nos sumamos, por qué no nos unimos para enseñar? Parece que esta indicación mía contiene el germen del principio de libertad de enseñanza incondicional, mantenido aquí por elocuentes oradores. No podemos ir a esa libertad ilimitada, aun cuando no sostengamos, porque creo que no lo sostiene nadie en esta Cámara, el monopolio del Estado, porque es preciso depurar la capacidad docente y porque los fines que llevan a ciertas sociedades a la instrucción, no son fines docentes, sino políticos y sociales, a los que hemos de poner el correctivo debido.

Hay, señores, un fenómeno de sugestión sobre el cual es necesario que fijéis vuestro ilustrado pensamiento: nosotros, laicos, nos dirigimos a la conciencia del niño a quien pretendemos enseñar, a aquella cera dúctil, en la que pueden fácilmente grabarse todas las ideas con el solo esfuerzo de nuestra autoridad social, de nuestro prestigio intelectual, de nuestros títulos profesionales; pero otras fuerzas sociales, involucrando lo divino con lo humano, ejercen, para fines materiales y terrenos, la sugestión de sus prestigios religiosos y morales sobre la conciencia.

Luchando todos con las mismas armas, sería una vergonzosa debilidad, una insigne cobardía nuestra, temer la competencia entre el profesorado laico y el profesorado religioso; pero mientras este profesorado no comprenda que ha de distinguir su función docente de aquella otra influencia que a título confesional ejerce en el espíritu de los niños, no podemos confiar en esa libertad ilimitada de enseñanza.

Es verdad que está muy inculta la tierra española y hay dilatadas extensiones que no fructificaron jamás por el esfuerzo humano; pero está todavía más árido e inculto el espíritu nacional, y, necesitando nosotros poblaciones con que cultivar nuestro territorio, necesitamos aún más cuidarnos del cultivo de nuestro espíritu. Esta es la obra del abandono de los gobiernos, de nuestras clases directoras; la tierra árida, el espíritu infecundo». Apud. FRANCOS RODRÍGUEZ, J., *La vida de Canalejas*. Madrid, 1918, 301-2.

26. Vid. CUENCA TORIBIO, J.M., *Relaciones Iglesia-Estado en la España Contemporánea (1833-1989)*. Madrid, 1989.